“El hombre nunca puede saber qué debe querer, porque vive sólo una vida y no tiene modo de compararla con sus vidas precedentes ni de enmendarla en sus vidas posteriores”

-MILAN KUNDERA

La insoportable levedad del ser

Capítulo 1. BUCLE

El tiempo se detiene mientras mi cuerpo retiene un suspiro, parpados entre cerrados me impiden observar nuevos horizontes, la monotonía y la tranquilidad de las aguas, ahogan mi cordura trasladándola a un estado somnoliento. Los vientos golpean con fuerza mi navío, llevándolo a una isla desértica, inhabitada en su totalidad, para ser franco

hubiese preferido pasar por otra tormenta o divagar por aguas más prometedoras.

Sofocado hasta el cansancio por el canto de sirenas, hastiado del olor a agua salada y del color de los arrecifes, opto por dejar el mar a un lado y conocer el mundo limitado de los hombres, esa cualidad tan peculiar del ser humano que es la mortalidad y de la cual decidí negarme desde el día en que zarpé.

Dentro de mis múltiples viajes pude convivir con todo tipo de dioses y aprender de la sabiduría y su tan peculiar forma de existencia. En la infinitud de mares por los que tuve la oportunidad de navegar, fui seducido por ninfas y sirenas, por mucho tiempo fui uno de los esclavos y sirvientes de la Diosa venus quien, con sus promesas de paz y seguridad, me convenció de seguirla y hacer a su nombre una infinitud de cruzadas., de todas estas salieron victimas hombres, mujeres y niños, pero en particular quien se llevó la mayor parte del daño fue mi alma, quien al separarse de mi espíritu aún sigue en busca de esa falsa promesa de paz.

Cuando estuve en Grecia fui lacayo de afrodita por dos años, hacia su voluntad, pero a diferencia de venus, Afrodita si respetaba mi derecho de libertad, lo irónico aquí, es que fue en ese entonces al estar

cegado por sus ojos cafés, que preferí negarme a muchas cosas que antes no podía, sobra decir que el resultado fue el mismo que tuve con Venus o incluso peor, porque ahora ya había perdido la escasa confianza que tenía. Luego de cumplir mi tiempo en ese lugar, partí a unas islas cerca de Grecia, donde pude ser ayudante de Arquímedes y si bien aprendí sobre astrología y algo de física, para sus demás alumnos yo solo era uno de tantos aduladores y lame suelas. Al sentirme solo y para la vista de algunos tal vez marginado, pude tener la suerte de conocer las partes más íntimas de la luna, pues cuando el insomnio llegaba a mi cuarto, solía hablar con ella, abriendo mis ojos haciéndome sentir comprendido.

Se me hace muy difícil explicar lo que siento, el hecho de pasar tu vida a la sombra del mundo, siendo el trato hacia a ti con indiferencia y unos toques de condescendencia, hallar una luz en medio de ese vacío, un escape de tu mundo a uno nuevo donde dices “acá estoy”, puedo decir que mi corazón no encuentra las palabras para darse a entender.

Cuando ya la rutina llena de esplendor y la paz habían pasado a segundo plano, las conversaciones se volvieron más monótonas, dejamos de hablar de

cosas concretas y a veces solo me limitaba a hablarle sobre su belleza a través de poemas escritos a mano, tratando de llenar el vacío que esta sentía por dentro. A su vez ella llenaba el vacío que existía en mi pecho a consecuencia de la muerte de mi tan apreciado amigo en ese entonces.

Podría decir que Neferet fue la persona en la que tuve plena confianza, no menosprecio a Joxah, mucho menos a Kion y a Kayrugha, mi aprecio por ellos es grande, casi al punto de morir por ellos, pero Neferet fue el primer hombre que pudo entender mi vida y mi forma de pensar en cuanto a esta. Cruda, sola, con pequeñas pinceladas de luz que engañan a simple vista.

Al día de hoy, pasados ya muchos años, la luna y yo dejamos de hablar, volvimos a ser dos desconocidos y aunque crucemos palabras lo cual sería de extrañar, no sería diferente a Romeo y Julieta, por más que las dos partes quieran un mismo fin, los eventos de su ambiente irían en contra de estos. Creo que, a este punto, tengo seguro que prefiero las primeras impresiones, cuando nos quedamos con esa primera charla, ese primer beso, la imagen cambia cuando ya se conoce la parte oscura del ser, tal como lo fue con mi amada Luna.

Mientras los rayos del sol acarician mi cara, navego por los vertiginosos mares perdidos del mundo, ya sin rumbo y sin una esperanza fija, encalló en la primera isla donde Neptuno me dejó a su antojo.

Mi navío cuenta con el sustento suficiente para no morir al menos unos días, por ahora solo quiero descansar.

Dormido, mientras camino a ciegas por los revoltosos senderos de la memoria, me doy cuenta y se me hace extraño, que ya se me resulté natural el haber llegado a esta isla, no siento nostalgia, ni remordimiento, es como si el miedo y la incertidumbre se desvanecieran como mis quemaduras a causa de largos periodos en el mar.

Bajo por unas escaleras de marfil en forma de caracol, hasta esa condenada puerta que desde niño he cerrado con candados y un millón de cerraduras. Es tal mi situación actual que decido abrirla de extremo a extremo y veo como mi alma y espíritu se arrinconan con una expresión de dolor y de sorpresa en sus rostros.

No logro entender lo que le ocurre a mi alma, es como si estuviera molesta con algo, pero no da

indicios, ni pistas ni palabra muda que me aclare y de a entender sus disparatantes acciones. Podría decir que, al igual a mi forma física, mi alma se encuentra en una isla tratando de retomar su curso hacia algún lado.

Por otra parte, mi espíritu está vacilando entre el mundo terrenal y el espiritual, pero entra en conflicto de un momento a otro, ya que al de los vivos no quiere volver, pero al suyo no sabe cómo llegar. Perdido, sin tener en mente lo que busca, parte de la nada anhelando un todo, pero tosca es su ideología, pues aún sigue marcado por las mentiras de venus, este va cargando a costas la insatisfactoria agonía conocida como odio.

Dejando mi alma y espíritu a un lado, despierto, veo como el sol entra por mi ventana siendo alrededor de las nueve de la mañana, cabizbajo decido ir al baño y refrescarme, me veo al espejo y mis ojos aun no pierden su brillo, pero creo que puedo tener una o dos canas nuevas a consecuencia del estrés. Sin darle mucha importancia salgo del barco y empiezo a caminar por la arena hasta postrarme en una piedra cerca de la costa, veo las gaviotas que sobrevuelan el mar, dejando a mi mente divagar por unos momentos, en esto, como un breve destello, llega a

mi mente el recuerdo del hijo de Perséfone la Diosa de la fertilidad y el trigo.

Esté anhelaba ser un pájaro y surcar los cielos, al igual que yo, Joxah primogénito de Perséfone y Hades, era un joven que media poco más de un metro con setenta y cinco de estatura, ojos negros, pelo castaño, este formaba parte de una elite imperial de los Lutorius, quienes defendían al reino de Tanit y eran en mayor medida los partícipes en todas las batallas de Tir Neb.

Joxah solía vestir siempre con su armadura de batalla y cuando entrenábamos juntos, hizo de consuelo para mí, pues no era sorpresa para nadie que yo estaba solo, y no me sentía cómodo en ningún círculo social, en el reino no me había adaptado todavía y los pocos conocidos que tenía eran ya de rangos superiores haciendo pues imposible el contacto con ellos. La primera vez que hable con Joxah fue mientras practicábamos en la arena, este me explico los nombres de diferentes estilos de pelea y como implementarlos, al igual que sus gustos y las diferencias entre las artes que había en los pueblos de Tanit.

Joxah sedujo y fue seducido por una vasta variedad de ninfas y doncellas del pueblo de Vetem, irónicamente terminó formando lazos con una de las hijas de Atenea. Lara “la poseedora de los sentimientos de los hombres”, este apodo se le fue dado luego de impedir varias guerras convenciendo a los diversos bandos de llegar a una solución diplomática, más aun, poco antes de que yo zarpara o mejor dicho, cuando yo estaba hundido en la desesperación, Lara fue la única que logro calmarme, haciendo que me quebrara, siendo ella uno de las contadas personas que me han visto derramar una lagrima. Cosa que evito hacer ante los demás pues a mis ojos es mostrarme vulnerable, es gracioso porque fue por esas fechas que ella y Joxah comenzaron a entablar una relación.

Recuerdo que Lara solía ser una doncella destacada por su inteligencia y la capacidad de hablar diversas lenguas, sus ojos llenaban de vida a cualquiera que los viera de cerca, su cabello era en ocasiones de color dorado y otras veces, tan azul como el cielo, este le llegaba muy cerca de la cintura o algunas veces a los hombros. Aparte de ser hija de Atenea, Lara también era hija de un hombre llamado Magnus, este fue un hombre algo obeso, quien era el único herrero en uno de los pueblos de Tanit que visite en antaño.

Por las noches mientras mi cuerpo descansa, veo entre sueños a los seres con los que compartí estos años, en algunas ocasiones se vuelven tan realistas que cuesta distinguir entre la realidad y la ilusión que causa el deseo que siento al quererlos ver nuevamente. Han pasado varios días desde que encallé, mi rutina se limita a dar un par de pasos bordeando la selva y sentarme en la misma roca todos los días. Me alimento de frutos secos y lo poco que consigo pescar, por alguna razón es escasa la población de peces por estos lares, estando solo puedo reflexionar sobre mis años de juventud. Cuando apenas empezaba a navegar y la incertidumbre florecía en lo profundo de mí ser.

Recuerdo, tan claro como el agua, la vez que conviví con una tribu protestante, fue en Monsieur, el lugar de donde procedo, aprendí sobre sus costumbres y sus políticas tan arraigadas a un Dios que no han visto, pero que tiene la certeza de que luchara por ellos, los diferentes planos como el terrenal y el espiritual que son dos caras de una misma moneda. El equilibrio entre el bien y el mal, y la nobleza que conllevan las almas humanas, son cosas que pude aprender y guardo en lo más profundo de mi ser.

Dure unos seis meses entre ellos, yo tenía catorce años y ya todo el pueblo sabían de la existencia de esta tribu, pero para mi familia y casi el 60% de Monsieur, estos no pasaban de ser fanáticos y religiosos, a pesar de eso, las palabras de reflexión y el darle un sentido a la vida de responsabilidad encaminado hacia el bien común, fueron cosas interesantes de escuchar.

De entre sus integrantes y el número limitado de personas con las que compartí, nunca olvidare a una de las hijas de Hera Diosa del matrimonio, su piel morena, sus ojos cafés y su pelo castaño el cual acostumbraba llevarlo suelto, y que por un tiempo le llegaba un poco más arriba de la cintura.

Para algunos hombres era considerada una joya, se peleaban por su mano reyes, clericós y mendigos, aunque para otros tantos, era solo una ramera. En varias ocasiones tuve sueños y desgraciadamente premoniciones en los cuales Manoli se lastimaba por su propia mano, si no se rajaba el cuello, se arrojaba de un peñasco, o veía sus piernas y brazos con cortadas graves en varias direcciones.

Al ver su espíritu, note que este también se encontraba herido, pues el abandono de sus padres